

Revista de avance

La Habana  
15 diciembre 1927

Instituto, hoy tan pujante, hombres de mensaje humano y de preferencias gratas, fáciles a la masa ansiosa de cultivo. Sólo indicamos ahora la posibilidad—la necesidad inminente, diríamos mejor—de nuevas vías de labor. Si nos visitan, como viene ocurriendo, profesores que encierran en su predio mental tan varias capacidades: ricos en el fervor de maestros, brillantes en las aptitudes presentáneas de la tribuna, hondos de sabiduría y disciplina en sus campos propios, ¿por qué no aprovecharnos de todas estas potencias? ¿Por qué no la organización de cursos en que los profesores españoles nos dieran la medida de su valer? Admirable la labor realizada en la Habana por Fernando de los Ríos; superior sin duda la que encierra su libro reciente, hoy en tantas manos cubanas. Labor llevada a cabo ante escogido grupo, tiene toda la ambición, todo el vigor filosófico de las obras de superior aliento, en que el autor quiere fundar sobre piedras de eternidad. Esa labor sería hacendera si, junto con las Conferencias para los grandes públicos—tan necesarias, tan útiles—dictaran cursos de superior entonación, todo lo extensos que las materias escogidas demandasen, en nuestra Universidad o fuera de ella. Labor costosísima, se nos objetará. Cierto. Pero una institución que hace un año contaba veinte socios—no fueron más los fundadores—y hoy pasa con mucho, de dos mil, está capacitada, está obligada, a costosas, grandes e insólitas jornadas.

**LA A. DE P. Y E. EN DANZA.**—Desde hace muchos meses, la Asociación de Pintores y Escultores vive en precario. Una subvención municipal había al parecer resuelto, antaño, el problema de subsistencia de esta sociedad que, por la intención difusiva de su esfuerzo y por la índole necesariamente gratuita de su oferta, no puede contar con más recursos que los que le proporcionan las cuotas de sus socios. Pero si en Cuba hay quien pague por oír un concierto y quien—sin ser profesional de la música, por personal complacencia estética—aprecie la ventaja de sostener una institución como la Sociedad Pro-Arte Musical o las orquestas sinfónicas, no hay, en cambio, fuera de los pin-

tores y escultores de profesión, o de afición militante, gente dispuesta a mantener onerosamente una sociedad cuya única actividad estimable consiste en hacer exposiciones de obras de arte plástico y abrirlas a cuantos quieran visitarlas, gratis y sin exclusión alguna. El sentido cultural y, por así decir, filantrópico, no están aun suficientemente desarrollados entre nosotros para que se advierta la recompensa de semejante "sacrificio". De aquí, pues, que la Asociación de Pintores y Escultores—a la que no puede negársele una respetable ejecución de estimulación y propiciación, durante once años, de nuestro arte primerizo—haya estado ya varias veces y se encuentre nuevamente ahora a punto de cerrar sus puertas por penuria.

Para salvarse de este peligro inminente, la actual Directiva ha ideado un expediente un poco violento, un poco desesperado. Ideó celebrar próximamente—en el exordio carnavalesco—un gran "Baile de los Artistas", a semejanza de los que en otras ciudades se celebran. Y ya que la Directiva—que preside esa bonísima persona y decidido enemigo del arte nuevo, el Sr. Rodríguez Morey—tuvo esa ocurrencia extrema, no seremos nosotros quienes, con un comentario displicente, le restemos a ese baile posibilidades de éxito pecuniario. Nos limitaremos a pedirles a los dioses y a los organizadores que el "Baile de los Artistas" sea algo... discretamente "artístico" siquiera, algo que no ponga en ridículo a aquellos a quienes se supone profesionales del buen gusto. Tanto como que resulte "semejante" a los que en Francia y en otros países se celebran, ya no nos atrevemos a pretenderlo ni a esperarlo. En primer lugar, bailes como el de Quatz'Arts o el de la Académie Moderne se organizan por los artistas, sí, pero privadamente, sin el endoso oficial de ninguna institución seria; en segundo lugar, no se hacen nunca para "arbitrar" fondos; sino más bien para derrocharlos. Por eso resultan verdaderas manifestaciones de buen gusto, de arbitrariedad frívola y de buen humor. Ojalá el nuestro se les parezca siquiera remotamente!

Lo que no podemos dejar de decir es que si

(Continúa en la página 140).

## DIRECTRICES

(Continuación de la pág. 116)

la Asociación de Pintores y Escultores tiene necesidad de recurrir a estos extremos, por lo menos tanto como a la falta de protección oficial y a la indiferencia del público en general, se debe a la decadencia de entusiasmo y de cohesión que se viene observando entre los artistas. La Asociación—hay que decirlo—tiene buena parte de culpa. Nunca ha sido realmente un foco de fervores, de fecunda agitación, de iniciativas; se confinó demasiado dentro de su papel de mero centro de exhibiciones. Ha sido, en rigor, una sala de exposiciones “a un Club pegado.” Desde que dejó la presidencia el Sr. Federico Edelman, esta inercia y gravedad de la Asociación parecen haberse acentuado. Se han celebrado una o dos exposiciones oficiales, — de proyectos administrativos — y, últimamente, una exposición de “manchas,

apuntes y bocetos”. No es bastante. Por otra parte, las manifestaciones públicas del Sr. Rodríguez Morey y la notoria actitud de sus comisiones han demostrado bien a las claras la aversión “oficial” que la sociedad les tiene a las nuevas corrientes del arte nuevo. A tal punto, que ha podido decirse con bastante razón que Prado *es* hoy el último reducto—ya sin cartuchos—del “pompiérismo” tropical.

Si la Asociación de Pintores y Escultores quiere prosperar, si quiere evitarse la necesidad de vivir de limosnas y de bailes, es necesario que se opere en ella una profunda renovación; que se acrezca su vitalidad, su espíritu juvenil, su capacidad de simpatías: en suma, que deje de ser una vitrina de yertas actitudes académicas y se convierta en un auténtico y estimulante foco de curiosidades y de apetencias estéticas. Sólo así podrá tonificarse de nuevos entusiasmos. Sólo así podrá persistir decorosamente.

---